EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11306

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 13 DE JULIO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL DESTACAMENTO DE BALER

Es realmente asombroso el acto realizado por ese heroico destacamento de soldados que, á millares de leguas de su patria, aislados de sus propios compañeros y sin esperanzas de recibir socorros, han mantenido enhiesta la bandera española en un país que, sobre ser extraño, estaba dominado por la más sangrienta de las revoluciones.

Muchos actos de arrojo y de heroismo han sido realizados en la guerra: en la de Cuba la defensa del fuerte de la Zanja, el sitio de Cascorro, la admirable marcha realizada por la columna del general Escario desde Manzanillo á Santiago de Cuba, la heróica resistencia que opuso el fuerte de Coamo á los numerosos rebeldes que mandaba Valentín García, el combate en el campamento de Melones y tantos otros que han sido páginas de gloria para el valiente y sufrido ejército que los llevó á cabo; en Filipinas, el combate de Salitran, el del Sangay, la toma de Imus, el ataque á Bacoor y mil y mil encuentros en que peleando fuerzas españolas casi insignificantes con numerosos núcleos rebeldes, quedaron las primeras victoriosas, realizando actos colectivos é individuales de singular renombre; pero ninguno como el realizado por esa microscópica guarnición de Baler, que sin otra esperanza que la muerte, ha estado siendo la admiración de el mundo durante muchos meses.

Ante esos valientes, cuyos hechos evocan en la imaginacion el recuerdo de otros sucesos no menos gloriosos, se ha inclinado el enemigo airado que los combatía y les ha otorgado elogios y honores. El microscópico destacamento que ha prolongado durante muchos meses el dominio de España en Filipinas, ha salido del pueblo que selló con su sangre é ilustró con su heroismo, á banderas desplegadas y á tambor batiente, victoreado por los que durante un año se han visto impotentes para lograr rendirlo.

En Manila los agasajan á porfía. Españoles, indios y americanos, se disputan el honor de obsequiarlos y van á quien mas puede exteriorizar la admiración sentida por esos valientes, que han escrito en Filipinas un admirable epílogo en la historia de nuestra ya pasada dominación.

Premio especial merecen esos soldados. Si la guerra ha sido desgraciada en su resultado final no es culpa de esos héroes; ellos cumplieron su deber, como tantos otros y se excedieron al traspasar los límites de la humana resistencia.

TIJERETAZOS

Dice un periódico, que un pescador de Santoña ha encontrado á tres millas de la costa, media embarcación *en muy buen estado*.

Suponemos que no será para prestar servicio.

Porque ¿quién diablos se aventura á viajar en medio buque aunque le rebaje el precio del pasaje á la mitad?

—

Según una estadística que publican los periódicos de Cuba, la importación de licores alcohólicos ha sufrido un aumento considerable.

Los Estados Unidos los envía baratos y abundantes.

Vamos, sí, no pudiendo los yankis ligar á los cubanos con buenas razones, intentan dominarlos por la borrachera.

Siga la Unión escanciando
y vaya Cuba bebiendo;
mientras esta esté empinando
el codo, aquélla irá haciendo
su camino y dominando.
Y al final de la jornada,
dirán los anglosajones,
viendo á Cuba dominada,
—No vencí con mis millones
sino con la convidada.
La cosa tiene sabor
yanki, y dará felices
resultados, sí, señor.
Caras pagarein mambises
esas copas de licor.

—

Los síndicos de los gremios de Barcelona han acordado darse de baja en la contribución el día 31 del corriente.

A todo hay quien gane.

El gremio de tocineros de la Coruña se ha dado ya de baja.

Si en idéntico sentido
acuerdan los choriceros
y cierran los carniceros
sus puertas ¡adiós cocido!
Ay señor de Villaver:
márchese usted por favor.
Si no se marcha, señor,
nos quedamos sin comer.

A DIOS

I

Perdon si hasta tí levanto,
en alas de mi osadía,
de mi pobre fantasía
el humildísimo canto.
Perdon si en tu templo santo
dulce inspiración imploro,
si de mi canto insonoro
la triste cadencia brota,
reflejando en cada nota
la pasión con que te adoro.

II

Guardas la divina ciencia
á humano esfuerzo invisible,
haciendo del imposible
su escabelo tu Omnipotencia.
En vano mi inteligencia
en tu altar ofreceré,
pues comprenderte no sé,
y aunque tu lumbre me anegue
tal vez á sentirte llegue
mas cantarte no sabré.

III

Cuando en la noche sombría,
en horas de amargo duelo,
mis ojos elevo al cielo,
con la esperanza por guía,
siento que en el alma mia
surge una estraña ilusión
que con voces de pasión
tesoros de fé derrama,
y tu grandeza proclama,
y enciende mi corazón.

IV

En el cielo hallo el reflejo
de esa grandeza infinita
por mano invisible escrita
en aquel divino espejo.
En ese instante me alejo
de toda duda liviana,
y allí la mente se afana,
que por estraño espejismo,
surge á su vista el abismo
de la pequeñez humana.

V

Vives dentro de mi ser,
dentro de mi pecho alientas,
todos mis latidos cuentas,
y en vano te quiero ver.
Es llegarte á comprender
locura tan singular,
como pretender contar
las flores de nuestro suelo,
ó las estrellas del cielo,
ó las arenas del mar.

VI

Dás al iris sus colores,
á la fronda sus cantares,
sus espumas á los mares,
su canto á los ruiseñores.
Vida y perfume á las flores,
trasparencia al firmamento,
rumores y alas al viento,
límite á la razón,
sus fibras al corazón
y su luz al pensamiento.

VII

Me habla de tu magestad
todo cuanto me rodea,
mi propia vida, la idea
buscando su libertad,
la fulgente claridad
que densas sombras deshace,
la reflexión que nos hace
humillar la duda incierta,
la conciencia que despierta,
y el sentimiento que nace.

VIII

Eres fuente de poesía,
tesoro de inspiración,
latido del corazón,
aroma, luz y armonía;
cielo que la fantasía
á profundizar no alcanza,
sol que luce en lontananza
ostentando sus fulgores
y esparciendo resplandores
en un mundo de esperanza.

IX

Oigo tu acento en la queja
que en el ancho espacio vaga,
en el eco que se apaga,
en el rumor que se aleja;
en el suspiro que deja
vibración que el aire hiere,
en los ayes que prefiere
pecho que el pesar deshace,
en el llanto del que nace,
y en el gemir del que muere.

X

¿Quién consigue limitar
tu inmensidad que se ostenta
en la voz de la tormenta
y en los rugidos del mar?
¡Torpe es la ciencia al pensar
que escalará tu poder,
pues su vuelo al estender,
siendo su poder tan breve,
mientras más alta se eleve
de más alto ha de caer!

XI

No sólo en templo sagrado
se levantan tus altares,
que en cielos, tierras y mares
se acrecienta tu reinado,
y si el hombre esclavizado
al mísero error desciende,
sus sentimientos no entiende
por que la pasión le ciega,
que aunque su labio te niega,
su corazón te comprende.

XII

¡Cuantas veces los errores
miramos como verdades,
ó dejamos realidades
por delirios soñadores!
¡Se dejó sendas de flores
buscando un vergel eterno!
¡Se hundió en nieblas del Averno
quien llegar hasta tí quiso!
¡Adan soñó un paraiso
y despertó en un infierno!

XIII

. . . . . .

Perdona á este trovador
que tu protección suplica
y á tu grandeza dedica
alma, existencia y amor
En los mares del dolor
no le dejes sucumbir,
pues le basta conseguir
palabras para enzalzarte,
corazón para adorarte
y fé para combatir.

Narciso Díaz de Escobar.

resignarte á sufriros; pero estamos perdiendo el tiempo: vamos al caso, á lo que importa.

—Y bien, eso digo yo, vamos á lo que importa, contestó con una sonrisa de triunfo Santivañez.

—Decidme, don Juan: ¿tan mal os trata el rey nuestro señor que no podeis menos de hacerle traición?

Se apagó la triunfadora sonrisa de Santivañez, que no esperaba aquella salida.

—No os comprendo, señora, dijo: no quiero comprenderos; no me atrevo á aplicar la contestación que me habeis dado por temor de equivocarme.

—Aplicadla, yo os lo permito.

—¿Habeis dicho que hago traición al rey nuestro señor, porque hasta cierto punto os galanteo?

—No me ofendo, aunque os habeis equivocado cuanto puede equivocarse la presunción mas incurable.

—¡Señora! exclamó vivamente contrariado Santivañez.

—Sufrid vuestro justo castigo.

—¿Pero en qué he pecado, señora?

—¿Creeis, dijo con dignidad, con una enérgica dignidad Ursula, que sufriria yo ni aun los vinos de un galanteo de un hombre á quien conozco desde hace cinco minutos, y á quien ha faltado tiempo para

—Espero vuestras órdenes: escucho.

—Pues empezad por proveeros de paciencia, porque voy á soltaros una reprimenda tal como la mereceis.

—Ya os he suplicado un perdon, que espero me concedereis.

—Sí; pero no sin penitencia. ¿Se acostumbra en la corte á abordar á las damas así de la manera que á mí me habeis abordado?

—¡Oh, señora, por compasión! dijo Santivañez; os suplico que no prosigais, porque, os lo confieso, me estremezco y estoy á punto de ponerme en fuga.

—¡Ah! ¿y qué se diria del invencible conquistador?

—Ved, señora, que el Evangelio nos manda ser dulces y misericordiosos.

—Pero las obras de misericordia, caballero, contienen una; esto es, corregir al que yerra.

—Pero una verdadera contricción, señora, produce el perdon de las culpas mas graves.

—Sí; pero no libra al pecador del purgatorio.

—Por piedad, señora, no me hagais creer que estoy hablando con un guardian de capuchinas: eso seria muy violento; y sobre todo, yo arriesgaria mi vida por ser lego de un tal guardian.

—¡Ah! está visto, dijo sonriendo Ursula: hay que

cuarto de la señora doña María de Ayala, dama de honor de su majestad. Vamos, id. id.

Santivañez se inclinó respetuosamente, y fué á pegarla con doña Encarnación, que se sofocó al verle ir hacia ella.

Diez minutos despues, Ursula salió.

IV

Pasada media hora, habiendo gastado algo de conversación con todas las señoras que estaban en la antecámara de la reina, Santivañez salió, se entretuvo en otra antecámara con los gentileshombres de servicio, y á las dos en punto abria la mampara del cuarto de Ursula.

Una doncella esperaba en el ingreso.

—Caballero guardia, le dijo: ¿es vuesa merced el señor don Juan de Santivañez?

—El mismo, muchacha, contestó Santivañez, haciendo dar un salto atrás á la doncella para que no la tomase la cara.

—¡Vaya y cómo las gasta vuesa merced! exclamó con enojo.

—Pues señor, está de Dios que hoy no tropecemos mas que con misterios y virtudes, dijo Santive-